

SOLTAR LASTRE

Carmen llevaba sesenta y dos años solucionando problemas ajenos. Empezó a los siete, cuando convenció a su madre de que el jarrón roto lo había tirado el gato. A los quince, mediaba entre su padre y su hermano. A los veinticinco, organizaba las bodas de sus amigas. A los treinta y cinco, gestionaba las herencias familiares mientras los demás lloraban. A los cincuenta, todavía redactaba las cartas difíciles que nadie quería escribir.

"Carmen lo arregla todo", decían. Y ella sonreía, orgullosa de su capa invisible de superheroína doméstica.

Pero el martes pasado, a las once de la mañana, mientras tomaba café en la cocina, sonó el teléfono. Era su hija Laura.

—Mamá, Miguel y yo vamos a separarnos.

Carmen sintió el impulso familiar: el cosquilleo en los dedos, la mente disparándose en soluciones, las palabras de consuelo formándose solas. Abrió la boca para decir "¿habéis probado terapia de pareja?" o "seguro que es solo una crisis" o "venid este fin de semana y lo hablamos con calma".

Pero algo extraño sucedió. Las palabras se le atascaron.

—Mamá, ¿estás ahí?

—Sí, cariño. Estoy aquí.

Y entonces, por primera vez en su vida, Carmen no dijo nada más. No ofreció soluciones. No propuso mediación. No prometió arreglarlo.

El silencio se extendió por el teléfono como una mancha de aceite.

—¿Mamá?

—Te escucho, hija.

Laura empezó a llorar. Y hablar. Y hablar más. Durante cuarenta minutos. Carmen, con el café ya frío, solo escuchaba. A veces decía "ajá" o "entiendo". Nada más. Sus manos, acostumbradas a tomar notas, a hacer listas, a escribir pasos a seguir, permanecieron quietas sobre la mesa.

Cuando colgó, se quedó mirando el teléfono como si fuera un objeto extraterrestre. ¿Qué acababa de pasar? ¿Por qué no había saltado al rescate?

Esa tarde, su amiga Merche la llamó para quejarse de su cuñada. Carmen, en piloto automático, abrió su archivo mental de "Conflictos familiares: soluciones probadas". Pero antes de articular la primera frase conciliadora, se oyó decir:

—Qué fastidio, Merche. Menuda rabia te habrá dado.

—¡Exacto! Una rabia... —Y Merche siguió desahogándose quince minutos más.

Cuando terminó, suspiró:

—Ay, Carmen, qué bien me ha venido hablar contigo. Muchas gracias.

Carmen parpadeó. ¿Gracias? ¿Por qué? Si no había hecho nada. Si no había solucionado nada.

Al día siguiente, su nieto Marcos apareció en su casa.

—Abuela, he suspendido mates. No se lo digas a mamá.

La vieja Carmen habría elaborado un plan de estudio, habría llamado a la profesora, habría organizado clases de repaso. La nueva Carmen, este extraño ser que emergía sin pedir permiso, simplemente dijo:

—Vaya. ¿Y tú qué vas a hacer?

Marcos la miró desconcertado.

—Pues... ¿estudiar más?

—Suenasensato.

—¿No me vas a echar la bronca?

—No.

—¿No vas a decirme que te decepciono?

—No estoy decepcionada, Marcos. Estoy aquí.

Su nieto se quedó un rato más, hablando de videojuegos y de fútbol. Al irse, le dio un abrazo más largo que de costumbre.

El viernes, Laura volvió a llamar.

—Mamá, el martes cuando hablamos... no sé. Me ayudó mucho.

—Pero si no hice nada.

—Precisamente.

Carmen se quedó pensando en esa palabra. Precisamente. Como si no hacer hubiera sido, paradójicamente, hacer algo.

Esa noche, sentada en su butaca, Carmen pensó en todos los problemas que había resuelto en sesenta y dos años. En todas las veces que había corrido al rescate. En todas las ocasiones en que había evitado que los demás se cayeran, se equivocaran, sufrieran.

¿Y si ese había sido su error? ¿Y si, al solucionarlo todo, les había robado la oportunidad de aprender a caerse y levantarse solos?

Se levantó, fue al armario del pasillo y sacó una caja de zapatos llena de libretas. "Soluciones pendientes", ponía en una. "Asuntos por resolver", en otra. Las había guardado durante años, llenas de estrategias para arreglar las vidas ajenas.

Una por una, las fue rompiendo.

No necesitaba ser la mujer que lo solucionaba todo. Podía ser simplemente la mujer que estaba ahí. La que escuchaba. La que no juzgaba. La que dejaba que los demás crecieran, se equivocaran, aprendieran.

Soltar lastre, pensó, no es tirar cosas. Es dejar de cargar con lo que nunca fue tuyo.

Al día siguiente, cuando su hermana llamó con otro drama familiar, Carmen se sirvió un café, se acomodó en el sofá y dijo:

—Cuéntame.

Y por primera vez en décadas, sus manos no buscaron papel y bolígrafo. Solo sostuvieron la taza, caliente y reconfortante, mientras escuchaba sin el peso de tener que arreglarlo todo.

FIN